

La Universidad del futuro no requiere aniquilar la Universidad del presente: Francisco Barnés



Foto: cortesía de Cuartoscuro

En defensa de la Universidad Nacional Autónoma de México y por la devolución de sus instalaciones tomadas hace 65 días, cerca de 30 mil alumnos, profesores, investigadores, trabajadores y egresados universitarios asistieron el 24 de junio a la Plaza de *Santo Domingo* y sus alrededores, en una superficie aproximada de 9,500 metros cuadrados, a una magna con-

centración encabezada por el rector Francisco Barnés de Castro.

Alrededor de las 10 horas, desde las calles aledañas al Palacio de Medicina comenzaron a llegar los contingentes de las escuelas, facultades, institutos y centros de investigación, convocados por el Comité Universitario por la Defensa de la Universidad.

Con mantas que demandaban la recuperación de los espacios univer-

sitarios y expresaban el repudio al paro, así como globos azules y oro, los asistentes llenaron la plaza donde hace 70 años otros universitarios pugnaron por la autonomía de la Universidad Nacional.

Desde uno de los balcones del Palacio de Medicina, el rector Francisco Barnés de Castro recibió los primeros goyos y aplausos que lo invitaron a bajar al templete instalado en la plaza para

comenzar el acto. Ahí, acompañado de miembros de la Junta de Gobierno y del Patronato Universitario, aseguró: "la Universidad del futuro no requiere aniquilar la del presente".

En estas páginas se reproducen los discursos de los oradores en esta concentración: Sergio García Ramírez, Juliana González, Carlos Larralde, Gotzon de Anuzita, Mauricio Reina y Francisco Barnés.



Sergio García Ramírez

Contrariando la costumbre del silencio, nos reunimos para levantar la voz

Se ha dicho que la Universidad está donde están los universitarios. Y aquí están hoy los universitarios. En consecuencia, aquí está la Universidad. La mayoría silenciosa ha resuelto elevar su voz.

Hace dos meses la nación sufrió un grave quebranto, que ha comprometido su presente y su futuro: se vio privada de su Universidad. Hay numerosas instituciones de enseñanza superior e investigación científica en nuestro país. Pero la Universidad Nacional Autónoma de México tiene una naturaleza incomparable y cumple una función singular. Así ha sido y así es. Así debiera ser. Hoy nos preguntamos, con ansiedad, si así será.

Nos preguntamos -y preguntamos- si el conflicto que ha suspendido las actividades de la Universidad Nacional, por la fuerza y contra la razón, es sólo un incidente en una larga historia de batallas por la Universidad y por la nación, o es el principio de una decadencia que traería consigo la declinación del modelo nacional, social y popular de la Universidad pública mexicana.

Cada quien deberá aportar su respuesta. Millares de universitarios, herederos de una tradición y depositarios de una convicción -que nos define y obliga- tenemos la nuestra: queremos, pedimos, exigimos que se devuelva a la nación -¡ya!- su Universidad.

Cuando se iniciaba la captura de la Universidad Nacional, nos congregamos silenciosos en la explanada de la Ciudad Universitaria. Caímos en la ilusión de que la razones prevalecen, aunque no se les invoque ni se les proclame ni se les defienda. Tal vez creímos que el Derecho se sostiene por sí mismo, y por sí misma prevalece -en medio de la tormenta- la razón de la Universidad. Luego nos retiramos de la explanada, siempre en silencio. Acto

seguido, fueron invadidos los planteles, cerrados los institutos, ocupados los laboratorios, clausuradas las bibliotecas.

Alguien resolvió por nosotros y al margen de nuestra voluntad. Alguien nos dijo que aunque tuviésemos la posibilidad de opinar, habíamos perdido el derecho de resolver; que no podíamos volver a las aulas ni retomar a la investigación, ni proseguir la difusión de la cultura; que ni siquiera podíamos ingresar a los recintos de la Universidad, bloqueados para impedir el acceso de los universitarios. Alguien lo resolvió y nosotros lo acatamos. Mientras confiadamente nos retraíamos, se dispersaban los recursos de los que depende la suerte de los jóvenes mexicanos que no tienen más alternativa -y con ésta, por supuesto, bastaría- que la Universidad Nacional Autónoma de México.

Nos hemos reunido aquí, en la plaza que fuera el corazón del barrio universitario, para reconocer, una vez más, nuestro deber y expresar una firme decisión. Nos hemos reunido, contrariando la costumbre del silencio y la resignación, para elevar la voz y reclamar que se restituya a los mexicanos el patrimonio material y moral que significa su Universidad. Nos hemos reunido para exigir el reconocimiento inmediato y puntual del derecho que nos asiste y, sobre todo, del derecho que asiste a millones de mexicanos que aguardan -con esperanza- los beneficios de la Universidad Nacional.

La Tarea de los Universitarios

Estamos conscientes de la tarea paciente y prudente que han cumplido diversas instancias universitarias, con el propósito de resolver el conflicto que altera la vida de esta institución. Lo reconocemos y apre-



ciamos. Celebramos el ánimo de concordia y la empeñosa deliberación. Exhortamos a proseguir ese trabajo de honrado entendimiento. Deseamos soluciones en las que participen todos los universitarios, empeñados en construir su casa común. Rechazamos el enfrentamiento entre quienes debieran establecer, unidos, un horizonte promisorio y compartido. Sabemos que cuando concluya esta hora sombría nos encontraremos de nuevo en el campus y lo haremos con ánimo respetuoso y solidario.

Esas son nuestras convicciones. Pero hay otra más, señor rector, compañeros universitarios. Hay otra más que todos debieran escuchar, porque refleja -a mi entender- la arraigada voluntad de la inmensa mayoría de los universitarios. Se resume en unas cuantas palabras: el precio para la terminación del conflicto no debe ser la propia Universidad. No deben serlo su autonomía y su competencia para servir a México, y servirlo bien. La nación no nos perdonaría -ni nosotros nos perdonaríamos- el abandono de nuestra misión en aras de algún remedio expedito, que trajera consigo la ruina de la Universidad. Sería inadmisibles que una institución floreciente, que ha subido con esfuerzo la cuesta de su propia renovación, se aviniera a ser el escenario de una simulación académica y profesional.

Si con violencia se nos ha privado

de los inmuebles que la alojan, no podemos perder también, por nuestra voluntad, el espíritu que la anima y la función que la justifica. Recuperaríamos los edificios, pero no la Universidad. Ahí no terminaría el conflicto; ahí comenzaría otro, mucho más grave, profundo y decisivo. Ese precio -señor rector, compañeros universitarios- no lo debemos pagar. Podemos negociar muchas cosas, pero no podemos negociar la Universidad. Por eso no es posible hacer más concesiones. Hemos llegado hasta donde podíamos llegar.

Es tiempo de que reaccionen los doscientos cincuenta mil estudiantes que ven comprometida su formación. Lo es de que los académicos, los egresados, los trabajadores asuman la defensa de su Universidad. Lo es de que el pueblo de México advierta que su independencia y su porvenir se hallan pendientes, en buena medida, del desenlace que tenga este episodio incierto. Estamos pugnando por mantener con firmeza la identidad nacional, social y popular de la Universidad, que se halla en riesgo. Estamos defendiendo el progreso de la Universidad y su excelencia académica, que es una forma de proteger el desarrollo de la nación. Para ello, en ejercicio del derecho y la razón, hoy exigimos que cese la violencia y se devuelva -¡ya!- la Universidad. ■



Juliana González Valenzuela

Paciencia, prudencia, buena fe y concordia son para los universitarios virtudes inquebrantables

El daño sufrido por la Universidad Nacional en los largos meses de este lesivo paro es inconmensurable, doloroso, sin duda, para todos aquellos a quienes importa en verdad nuestra casa de estudios. Mal visible e invisible, patente no sólo en las cuantiosas pérdidas de orden económico, sino en todas las demás, cuyos alcances son inimaginables.

Ya preguntaba en situación análoga el rector Barros Sierra: "¿A quién favorece..., a quién conviene que la Universidad no cumpla con sus fines... que se supriman las libertades universitarias?"

Nuestra Universidad es sin duda extraordinariamente vulnerable; se halla indefensa e impotente ante las acciones de fuerza física, de imposición y de agresividad. Se halla tan indefensa como lo está cualquier gente de paz que es asaltada, sacada de su casa, privada de su libertad y de sus derechos fundamentales.

Pero aunque esté inerte ante la violencia, la Universidad no lo está en su fuerza moral, ni en su capacidad de lucha racional y decididamente por salvaguardar sus principios y su misión. Ella cuenta con las fuerzas que le son propias, por definición las de no violencia: las fuerzas de la razón y de los valores, del estado de derecho que busca ser restaurado. Y son ellas, desde luego, a las que se apela en esta magna concentración de la comunidad universitaria. Esta ya no puede cejar en su reclamo, seguirá pugnando hasta que le sea devuelta su casa.

Hemos de reconocer, por otra parte, que en medio de la estridencia y la arbitrariedad, de las obvias manipulaciones y de los intereses espurios que han estado y están presentes en el conflicto, han aflorado, sin embar-

go, legítimas demandas, y que hay grupos de estudiantes y de académicos que se mueven por ideales y valores, por argumentos justificables, por finalidades que sí son universitarias.

Tales demandas plantean la necesidad de ser consideradas y discutidas en el seno de la comunidad y en los términos del diálogo racional y colegiado que nos es propio, cuando se restablezca la normalidad de la vida universitaria y dentro de sus marcos y vías institucionales.

Tenemos por Delante la Tarea del Diálogo Genuino

Tenemos por delante, en efecto, la tarea del diálogo genuino, el cual lleva en su propio nombre el ejercicio del *logos*, de la facultad humana superior de razón y de lenguaje, de la palabra que da razones y escucha razones; que se abre a la búsqueda de consensos y al respeto a los disensos: la que revela el privilegio de la comunicación y la convivencia racional. Muy lejos de la pura palabra beligerante que sólo vocifera y descalifica sin posibilidad de escucha, y sin ofrecer razones fundadas.

Muy lejos también de aceptar que se desconozca el régimen institucional de la Universidad y sus órganos colegiados. Estos tienen la suficiente capacidad para llevar a cabo, si así lo deciden, su propia transformación y dar pleno cumplimiento a esa potencialidad suya de ser forma eminente de participación plural y de vida parlamentaria, de ser en suma la forma propiamente académica de la democracia.

Coincidimos en que la Universidad requiere cambios, aunque sin traicionar su esencia académica, sus principios y fines propios. Que ella



Foto: Jesús Ramírez



Foto: Justo Suárez

ha de incorporarse, creativamente a las transformaciones de nuestro mundo, en particular a aquellas que apuntan hacia delante, hacia la vida democrática, la pluralidad, la construcción de un mundo más racional y humanizado. Lo regresivo es el dogmatismo, la irracionalidad y la intransigencia. Lo regresivo es claudicar al reto de la tolerancia que se cifra en la simultánea defensa de nuestros derechos y los derechos del otro. Regresivo es, en fin, clau-

dicar en el afán de excelencia académica como motor y meta de la educación.

Exigimos que se nos devuelvan nuestros espacios, que se respete nuestro derecho de ejercer en ellos nuestras libertades y continuar nuestras múltiples tareas, tareas sustanciales para la institución, para cada uno de nosotros, y sustanciales, e irrenunciables, para el país.

Se han rebasado los límites, y sería irresponsable dejar que el deterioro prosiguiera. La paciencia, la prudencia, la buena fe, la apelación al diálogo y a la concordia, todas éstas son, para los universitarios, virtudes inquebrantables. Pero también son imperativos éticos indeclinables la determinación y la energía para defender a nuestra Universidad.

Confiamos, así, en que esas fuerzas de la razón y del derecho, en que esta voluntad moral que en esta magna y significativa expresión de la comunidad universitaria que aquí se expresa, tengan aún el poder de ser ellas las que cuenten para una inmediata recuperación de los espacios universitarios. ■



Carlos Larralde

La Universidad Nacional, única esperanza de prosperidad, progreso y soberanía

Aprovecho esta gran concentración para señalar que la UNAM no puede seguir paralizada sin arriesgar precipitarse en la catástrofe de la muerte. También la aprovecho para exhortar a todos los verdaderos universitarios, independientemente de color y credo, a que la reanimemos (le devolvamos el alma) y emprendamos en paz nuestras tareas profesionales y las tareas de su perfeccionamiento.

Así sea por un momento, hagamos a un lado las causas y protagonistas de la quietud, del paro actual de nuestra Universidad. Apartemos por un momento siquiera nuestras simpatías y antipatías, nuestros juicios y prejuicios, y atendamos a las funciones sustantivas de la UNAM.

El conocimiento está en la esencia, es el alma de la Universidad, y éste no se está generando, enseñando ni extendiendo a la sociedad, como lo implica nuestra vocación y manda nuestra legislación.

Simplemente no existen las condiciones para ello: los universitarios estamos desbandados, confundidos, desterrados de nuestra ubicación, privados de los tiempos necesarios para realizar las delicadas labores del conocimiento. Así no se puede tocar la compleja sinfonía universitaria, ni siquiera una miserable tonadilla. La función universitaria no es sólo la suma de los esfuerzos individuales: cada quien por su lado, sin partitura, sin planeación, sin control, sin objetivos, sin métodos, tiempos, energías, eficiencias y demás elementos que se requieren para que la UNAM suene, para que suene bien.

¿Qué, acaso ya no queremos ser médicos, ganar juicios, levantar puentes y pirámides, descubrir vacunas y estrellas y hoyos blancos y

partículas elementales en el universo? ¿Y qué con el origen y el destino de la vida? ¿Acaso ya renunciamos a bailar ballet, rescatar nuestra historia, entender y controlar nuestro ambiente, doblegar a la enfermedad y la muerte? ¿No era cierto, entonces, que nos importa la estructura y el devenir social, demostrar la conjetura de Fermat, pintar nuestra *Monalisa*, controlar el ambiente y tocar el piano? ¿Hemos engañado a todo mundo, y en realidad no nos calienta ya la piedra filosofal, la cuadratura del círculo, la misteriosa palabra y el poema exacto, ni la fatalidad de la muerte, el caos y la causalidad? ¿No nos interesa ya la sustancia del conocimiento, la textura de la verdad, el asombro del descubrimiento? ¿No queremos ya "torcerle la mano a Dios" y vencer la fatalidad de nuestros destinos? ¿Estamos ya para el arrastre: dispuestos a seguir entregados a los designios invisibles de las demás culturas, designios invisibles, certeros e inevitables como misiles teledirigidos sobre sociedades pastorales? ¿Qué, no podremos integrarnos al resto del globo, no podemos pagar esos costos, participar en ese desafío? ¿Nos habremos quedado irremediablemente atrás, en la época del rancharo romántico? ¿Está lista nuestra cabeza para la guillotina darwiniana?

Así será si la UNAM sigue en paro. Y México caerá con ella. La UNAM es el centro cultural del país. Ella y modelos creados a su imagen y semejanza distribuidos en todo el país han construido la antaño inexistente clase media de profesionistas, intelectuales, científicos, filósofos, artistas y hasta políticos. La UNAM ha permitido el flujo social, es el puente entre el México indígena y el



Fotos: Ignacio Romo

criollo, es la gran olla del mestizaje, es el ombligo, el *Machupichu* de México.

Claro que es importante lo que ahora se debate, y también lo es el simple debatir. Pero, por ganar este o aquel desacuerdo, aquel escaño, o por relajo o por indolencia, o por vengarse de los desalientos personales, o en autodestructiva respuesta a la barbarie que nos rodea, o por llenar el hueco de nuestra desesperanza, estamos dejando morir, estamos matando, a la principal figura de la educación nacional: a nuestra única esperanza de prosperidad, progreso y soberanía. Y, además, ni siquiera es nuestra, sino que lo es de todos: es un bien público. ¿Qué derecho nos asiste en detenerla, aún con buenas intenciones? ¿Por qué interferir con el proyecto de vida de cada uno de sus actuales y futuros estudiantes? ¿Por qué desprestigiar los problemas de la sociedad que habrían sido atendidos y aliviados por ellos en el futuro impredecible pero seguro?

Entre nosotros está la causa del paro, nos ha crecido un proceso anárquico que si bien pudiera tener la virtud de sanear algunas de sus imperfecciones también, sin con-

trol, sin límites, sin medida, puede terminar con el cuadro, terminar con la UNAM. Ya sueltos los demonios ¿quién los para?

Revivir a la UNAM

Tal vez todavía nosotros podamos revivir a la UNAM. No necesitamos pedir permiso a nadie. Simplemente, todos, todos, paristas y no-paristas, viejos y jóvenes, profesores y estudiantes, trabajadores y funcionarios, acudamos pacíficamente a nuestro lugar y tiempo de trabajo y empecemos de nuevo las labores del conocimiento. Inmediatamente después, luego-luego, nos agregaremos a las tareas de perfeccionar a la UNAM en su estructura y gobierno. Lo haremos en los espacios existentes o en espacios nuevos que se diseñen para tal fin, en orden, pacíficamente, sin el autoritarismo de la violencia ni la soberbia de la prepotencia. Así, desbandados, no vamos a poder ni lo uno ni lo otro: ni conocer, ni educar, ni reformar.

Tengámonos confianza. Tenemos a un rector legalmente establecido, con idea, con partitura, con objetivos claros, varios y entrelazados, con mecanismos para alcanzarlos, con la gasolina necesaria y una determinación y franqueza que algunos resienten y confunden con autoritarismo, pero bienvenida por otros que prefieren la transparencia al eufemismo. Y nosotros los académicos y los administrativos y los funcionarios, somos muchos, somos competentes, reflexivos, compasivos y enérgicos. Y ustedes, los jóvenes, son la razón de ser de la UNAM y tienen la vida por delante. Vamos juntos a reanimar a la UNAM, ahora, no sea que se nos muera. ■



Gotzon de Anuzita

Los egresados levantamos nuestra voz para rescatar nuestra Universidad y su prestigio

La Universidad Nacional Autónoma de México ha sido, es y deberá ser el centro indiscutible del pensamiento nacional.

La suspensión de las actividades universitarias, además de un acto atentatorio contra la esperanza nacional, es un agravio contra la sociedad mexicana en su punto más sensible. Con ella se interrumpe y se daña en forma irreversible el camino de la superación y la preservación de los valores de México.

No hay acto más reaccionario, aunque sus ejecutores se disfracen de progresismo, que el trastocar las actividades de enseñanza, de investigación y de ampliación de la cultura que ha dado a la Universidad Nacional el calificativo de "Máxima Casa de Estudios" del país.

Más de dos meses de paro universitario son sesenta y cinco jornadas de sentencia a la muerte de la inteligencia. México no lo merece y la sociedad

nacional no puede permitirlo más.

Cerrar la Universidad es secuestrar, coartar y aniquilar las ideas; es destruir el pensamiento. Impedir el ejercicio de las funciones de la universidad pública, es cancelar las oportunidades de los que tienen poco, en beneficio de los que todo poseen.

No hagamos el juego a las mentes más retardatarias del país, que hoy está de plácemes ante el deterioro de la Universidad Nacional.

Privilegio de la Educación

Como egresados, como ciudadanos privilegiados por la Universidad, con el único interés que las generaciones actuales y por venir gocen del mismo privilegio a la educación superior que nosotros tuvimos, hoy levantamos nuestra voz con la mayor emoción, con el espíritu que nuestra *alma mater* cultivó en nosotros



Fotos: Jesús Ramírez

para ser dignos de ella y de México, para que todos, sin importar nuestras diferencias, rescatemos la Universidad y su prestigio.

Abramos la Universidad entre todos, quienes la tienen cerra-

da y quienes nos oponemos a su inmovilidad.

Abramos sus puertas, sus aulas y sus auditorios para ahí discutir, para ahí analizar las ideas que surgen de las discrepancias; para ahí hablar y para escuchar, para ahí discutir y para acordar.

Los egresados y exalumnos de la Universidad estamos preocupados y por ello comprometidos. Ofrecemos nuestra ayuda en la búsqueda de que se vuelva a la normalidad. Que se abran las puertas y los que verdaderamente así lo desean, se sigan enriqueciendo de su enseñanza y se impida que se esclavice de intereses que sólo empañan el destino final de la UNAM.

Desde esta plaza que evoca el valor supremo de nuestra autonomía, hacemos un llamado para que no perdamos la oportunidad de conciliación y diálogo.

Es hora de exigir a todas las conciencias lealtad a México y a su Universidad. ■



Foto: Francisco Cruz

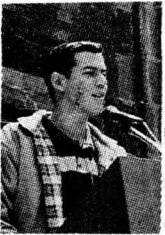


Foto: Marco Mijares

Mauricio Reina

Transformar a la Universidad exige unidad, pues deseamos trabajar por un bien común

Hemos intentado pedir y eso sólo los engrandece. Hemos luchado día con día por una reconciliación que permita volver a la vida académica y eso no les ha interesado. Hemos intentado ser pacientes, pero todo tiene un límite ¡y ya es suficiente!, porque no vamos a tolerar que decidan nuestro futuro, que tomen nuestras decisiones, porque ellos no representan nuestros intereses como universitarios, ni nuestros ideales ¿y qué representan? Si una vez que tienen lo que en un principio querían, demuestran que sus intenciones iban más allá de pensar en el futuro de la Universidad. ¡Ya Basta!, creyeron hacer algo por la UNAM. Está claro que no lo lograron, ahora déjenos el lugar a nosotros, que sabremos hacerlo mejor.

Hemos sido tolerantes con la supuesta lucha democrática que nos ha tapado la boca. Hemos sido demasiado tolerantes al esperar una pronta salida a este conflicto. Hemos soportado el despojo de nuestros salones, de nuestras bibliotecas y laboratorios. Nos hemos tenido que tragar nuestra libertad de expresión por tolerar la de otros que hoy y desde hace muchos días nos dicen irónicamente: "¡Ven yo tengo la llave, yo si estoy luchando porque el pueblo entero entre a la Universidad!", como si la Universidad fuera cuestión de volumen y no de calidad.

Y con todo este conflicto ¿qué perdemos?: ¿El semestre?, ¿nuestras clases? Y qué hay de nuestra imagen ante la sociedad, ellos dejan escrito que para lograr sus objetivos hay que pisotear a los que se cruzan en su camino. Dejan a la sociedad con la incertidumbre de si la UNAM estará ahí a su lado cuando se le requiera. Dejan a nuestro pueblo dudando acerca de si un

universitario sabe hacer algo más que protestar con violencia y manipular a las masas. Queremos decirle al pueblo de México, a este México que no se detiene, que hay miles de estudiantes que estamos verdaderamente comprometidos con él.

La Universidad y su destino no se pueden decidir por el asambleísmo, atropellando toda su estructura y traicionando sus principios, sólo porque un día un grupo de personas que usurpó la representación decidió que la UNAM debía ser cerrada, otro día puede decidir cerrarla para siempre o convertirla en una arena política.

Demostremos que no hacen falta barricadas, empujones, insultos, amenazas o golpes para defender a la Universidad que creemos mejor, sino inteligencia, voluntad, respeto y constancia.

La historia la escribimos todos nosotros, con cada decisión tomada. Hagámosla tal que nos enorgullezca; no la dejemos como un capítulo negro donde la apatía, el desdén y el miedo fueron más fuertes que nosotros.

Construir una Universidad

A todos nuestros compañeros que legítimamente creen o creyeron en su "huelga", ¿quién ignora que la Universidad necesita reformas?, ¿quién no quiere que siga siendo la máxima casa de estudios de nuestra nación? Nuestras diferencias son de medios más que de fines. Deseamos trabajar por un bien común, no sólo de los universitarios, sino de los mexicanos. Ninguna lucha es válida ni se puede sostener mucho tiempo cuando los correligionarios están divididos, cuando una mitad es pisoteada por la otra. Hay que construir juntos una universidad que no atente



Foto: Francisco Cruz

contra nadie, cuyas formas de ser y de pensar la lleven a la cúspide y no a la decadencia. Así, sin unidad, no puede haber Universidad.

Dejemos de relatar que tomaron nuestras instalaciones y contemos a todos que las recuperamos. No dejemos en nuestra memoria los días de huelga en los que otros secuestraron a nuestra Universidad y no pudimos hacer nada. Hay mucho que hacer y debemos estar dispuestos a hacerlo....¿quién les otorga la batuta a los huelguistas?, si tanto clamamos que los que no queremos huelga somos mayoría, ¿por qué nos dejamos eclipsar por ellos? Sacu-

dámonos el sopor y la apatía que es tiempo de dejar escrita nuestra palabra. Preguntémosnos qué hemos hecho y también si ha sido suficiente. Los libros de la historia han sido secuestrados con violencia, dejemos impresas con fuerza y convicción nuestras propias letras. ¡Vamos que la Universidad nos espera! Despertemos, que si nosotros no la defendemos nadie lo hará, gritemos lo que pensamos, porque la UNAM no sólo son el rector y los paristas, la UNAM somos todos porque el destino de este país es también de todos.

Vamos: levantémosnos y luchemos por esta Universidad. ■



Foto: Marco Millares

Francisco Barnés de Castro

En defensa de la Universidad y por la devolución de nuestras instalaciones

Hace 70 años resonaron también en esta plaza las voces de los universitarios. Eran los reclamos por la autonomía. En 1999, retornamos a este histórico escenario para defender nuevamente a la Universidad, para exigir la entrega de los recintos de los que hace 65 días fuimos expulsados.

Hoy estamos aquí para demandar la devolución de nuestras instalaciones, de las que hemos sido despojados por quienes dicen pugnar por la educación pública, y si bien muchos de ellos, sinceramente piensan que luchaban por sus ideales, contribuyen con sus actos y su posición intransigente a debilitar a la más importante institución educativa del país; por quienes pretenden defender a las generaciones venideras y, sin embargo, están dispuestos a prolongar el paro para impedir su ingreso, afectando el futuro de decenas de miles de estudiantes.

Algunos de aquellos que tienen en su poder las instalaciones universitarias han entendido por diálogo, no la discusión racional para llegar a acuerdos, sino la aceptación incondicional de sus demandas; entienden por respeto, el que la Universidad y la sociedad acepten sin protesta que se atropellen impunemente sus derechos.

No podemos aceptar ese pretendido diálogo, ni la tolerancia puede ser indiferencia ante la violación de los derechos de cientos de miles de universitarios y ante la destrucción de nuestra casa de estudios. Dialogaremos si todos admitimos que se trata de exponer razones, de llegar a acuerdos, no de intimidar a nadie mediante la fuerza y la agresión. Respetamos los actos de los demás, pero exigimos también que respeten nuestros derechos.

Desde hace 65 días, en nombre de la gratuidad de la educación, un grupo de estudiantes ha impedido que millares de alumnos concluyan el ciclo escolar, ha imposibilitado que otros muchos presenten sus exámenes profesionales y de grado, ha entorpecido el proceso de selección de los estudiantes que desean ingresar a la Universidad; ha dificultado cientos de investigaciones que tenían años de estarse realizando; ha trabado el cumplimiento de múltiples convenios de colaboración, lo que ha significado desprestigio y pérdidas cuantiosas para la UNAM.

Esta no es la forma de defender a la educación pública y menos, mucho menos, son esas las bases para refundar la Universidad.

El Consejo Universitario acordó el 7 de junio convertir las cuotas de inscripción en una obligación moral para el que pueda sufragarlas, cuyo cumplimiento queda sujeto al juicio ético del estudiante, aprobó modificar el calendario escolar para que todos los alumnos puedan concluir su semestre; resolvió también una amnistía para aquellos que hubieran participado en el paro, y aceptó abrir, una vez reanudadas las labores, espacios de discusión y diálogo acerca de los temas fundamentales para la vida de la Universidad.

Desafortunadamente, nos estamos acercando a un punto sin retorno, en el que los alumnos que no han podido o no han querido continuar sus actividades académicas fuera de nuestras instalaciones, perderán la oportunidad de salvar su ciclo de estudios. No podemos permitir que esto ocurra.

Los acuerdos del Consejo Universitario eliminan las causas que motivaron la suspensión de labores. Ya no hay razones para continuar el paro; éste debe terminar.



Foto: Ignacio Romo

Xavier Cortés, Guillermo Soberón, Octavio Rivero y Leopoldo Paasch.

La esencia de la Universidad reside en la relación diaria y cotidiana de académicos con estudiantes, de profesores e investigadores con sus alumnos en las aulas, en los seminarios, en talleres, en clínicas, en laboratorios. Una relación donde unos enseñan y todos aprenden; donde todos están comprometidos en ampliar los horizontes para el hombre, en la búsqueda de un futuro mejor para los estudiantes y para todos los mexicanos.

Para recuperar el alma, la esencia de la Universidad, requerimos regresar a la normalidad, requerimos que se devuelvan las instalaciones y volver todos juntos; paristas y no paristas a la vida cotidiana, a luchar por el futuro de México, a transformar la Universidad, a transformar la sociedad, juntos, unidos, no separados, no peleados.

Quiero reiterar que la Universidad no puede rebasar los límites que la sociedad mexicana le ha fijado, ni el rector contravenir la legislación universitaria. El Consejo Universitario y el rector tienen límites que no pueden exceder, sin incurrir en una grave responsabilidad ante la sociedad y ante la propia Universidad.

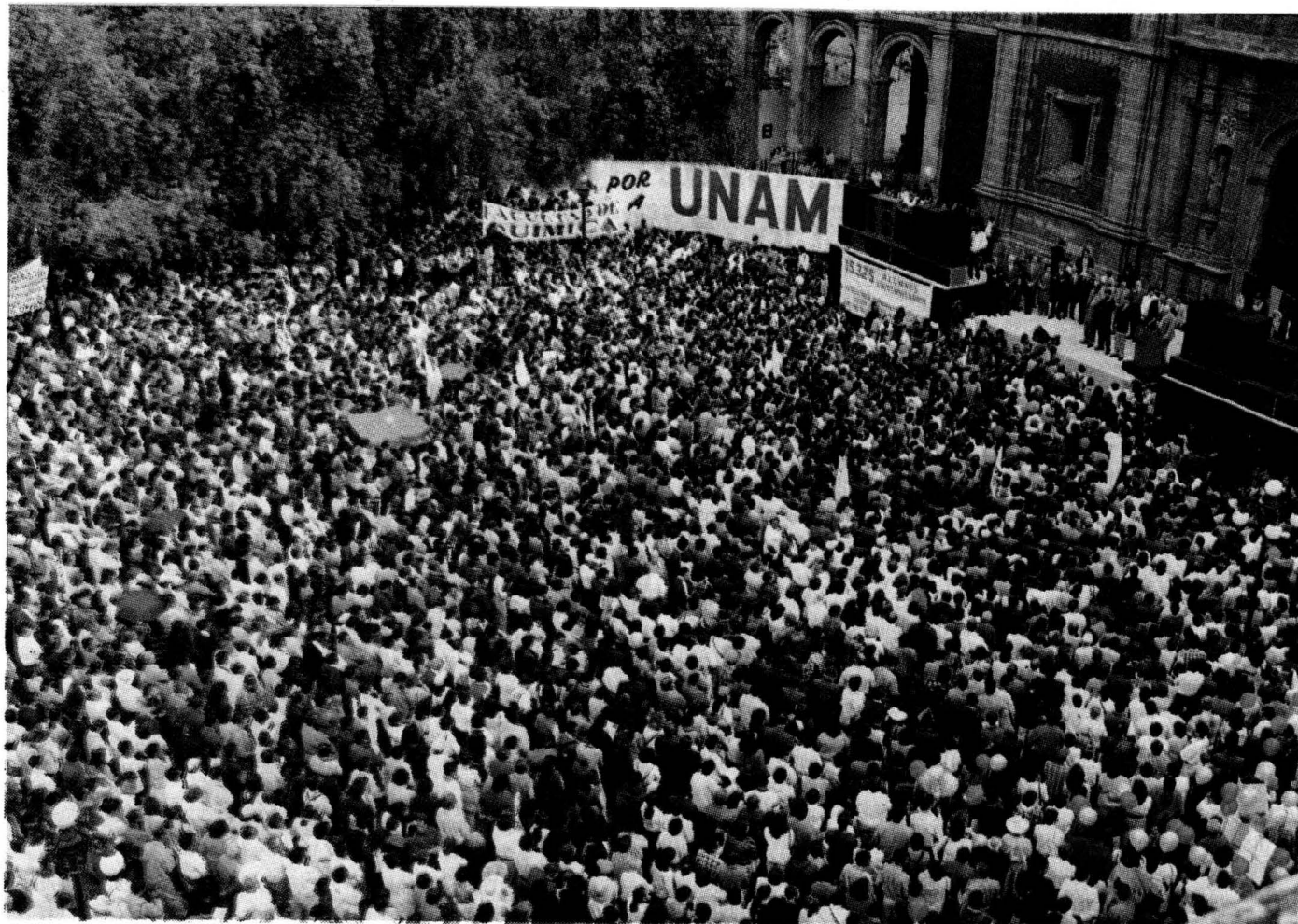
Los Universitarios no Podemos Lesionar la Calidad Académica

Por esta razón, debe quedar perfectamente claro que los universitarios no estamos dispuestos a lesionar la calidad académica de la institución, eliminando las condiciones de ingreso y permanencia aprobadas en 1997, para regresar al pase automático y a la permanencia indefinida. En este tema no daremos un paso atrás.

De igual manera, los universitarios no vamos a aceptar la realización de un congreso que suplante al Consejo Universitario, frene a la Universidad y nos enfrente en una lucha fratricida para dirimir el futuro de la institución, como ya ocurrió en el pasado. En este punto, tampoco daremos un paso atrás.

Los universitarios aquí reunidos estamos convencidos de que el enfrentamiento empecinado de posiciones no es la vía para transformar a la institución, y menos aún el medio para cambiar a México. Con nuestra presencia y nuestras voces, hoy afirmamos que la transformación de la Universidad se alcanzará a partir del respeto y la razón y

Pase a la página 8...



Viene de la página 7...

nunca mediante la violencia y la intolerancia y la imposición.

Sólo a través del diálogo y del uso de la razón podremos superar nuestras diferencias. Por ello, agradezco al Congreso de la Unión el espacio que nos ha ofrecido; por nuestra parte, haremos todo lo que esté en nuestras manos para que éste, el diálogo, sea el medio a través del cual, en los próximos días, la Universidad retorne a la normalidad y miles de alumnos salven el semestre.

Hoy exhorto a quienes tienen las instalaciones universitarias en su poder, a sumarse al esfuerzo colectivo para construir la nueva

universidad que debemos legar a las futuras generaciones, no a destruir la extraordinaria institución con que contamos. La universidad del futuro no requiere aniquilar la del presente.

Como rector, reitero mi compromiso de encabezar un proceso que conduzca a un cambio genuino que permita superar problemas y construir una mejor universidad, una universidad que conjugue la alta calidad académica, el alto rigor y exigencia académica, con un claro compromiso social. Con base en los acuerdos que tome el Consejo Universitario, crearemos los espacios de reflexión y discusión que para ello sean necesarios. Que

quede claro, la comunidad universitaria participará en el diseño e instrumentación de los cambios que requiere nuestra casa de estudios. Toda la comunidad universitaria y no solamente unos cuantos.

Esta concentración de universitarios comprometidos con su institución, ha expresado la convicción de que el conflicto en la UNAM no debe continuar. Nosotros ya hemos cumplido nuestra parte; ya hemos demostrado, de múltiples maneras, nuestra disposición a dialogar para superar nuestras diferencias; ya tomamos los acuerdos que podíamos adoptar para resolver este conflicto. Ya no hay pretexto, el paro debe terminar.

La prolongación del conflicto no sirve de ninguna manera a los intereses de nuestra casa de estudios.

Los universitarios exigimos que quienes tengan que resolver el levantamiento del paro, que quienes tengan que tomar estas decisiones, asuman su responsabilidad frente a la Universidad y frente a la nación.

Exigimos la devolución de nuestras instalaciones para evitar que miles de estudiantes pierdan su semestre; para que, juntos nuevamente, podamos restablecer la concordia entre todos los universitarios. Para que entre todos recuperemos el alma, la esencia de nuestra institución, para que podamos seguir con los fines que la sociedad nos ha encargado. ■

Entregó la Facultad de Derecho
Por sus más de 70 años de actividad docente Andrés Serra Rojas recibió el Premio *Ius*

Abanderó el titular de la SEP
Héctor Hernández, Arturo Sánchez y Mara Ibáñez, deportistas *pumas* rumbo a la XX *Universiada Mundial*

Grupo *Mujeres de Blanco*
Con originales iniciativas, profesoras del CCH piden apoyo ciudadano para recuperar aulas

Informó el Colegio de Directores
Concluirá el semestre un alto porcentaje de alumnos gracias a las actividades en sedes alternas